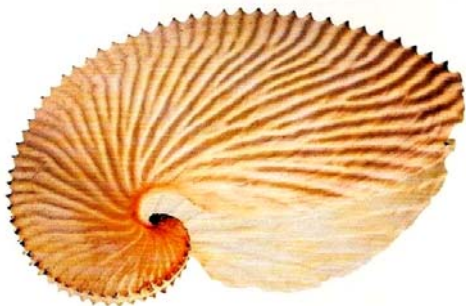


AMOR AL MAR

Las caracolas de Neruda



Caracola Argonauta argo (Linneo, 1758). Origen geográfico: mundial.

**Exposición con motivo del Bicentenario de la Independencia de Chile
y del V Congreso Internacional de la Lengua Española en Valparaíso**

**Del 1 de diciembre de 2009 al 24 de enero de 2010
INSTITUTO CERVANTES
Madrid**

Dossier informativo

- I.- Algunos textos de Neruda relacionados con la exposición
- II.- Breve historial de la exposición Amor al Mar
- III.- Poesía y naturaleza en Neruda. Conceptos y formas de la exposición

I.- Algunos textos de Neruda relacionados con la exposición

“... me interné en la selva de las librerías, por los vericuetos suburbiales de las de segunda mano o por las naves catedralicias de las grandiosas librerías de Francia y de Inglaterra. Las mano me salían polvorientas, pero de cuando en cuando obtuve algún tesoro, o por lo menos la alegría de presumirlo. Tardé treinta años en reunir muchos libros. Mis anaqueles guardaban incunables y otros volúmenes que me conmovían; Quevedo, Cervantes, Góngora, en ediciones originales, así como Laforgue, Rimbaud, Lautréamont. Estas páginas me parecía que conservaban el tacto de los poetas amados. Tenía manuscritos de Rimbaud. Paul Eluard me regaló en París para mi cumpleaños, las dos cartas de Isabelle Rimbaud para su madre, escritas en el hospital de Marsella donde el errante fue amputado de una pierna. Eran tesoros. Eran tesoros ambicionados por la Bibliotheque Nationale de París y por los voraces bibliófilos de Chicago. Tanto corría yo por los mundos que creció desmedidamente mi biblioteca y rebasó las condiciones de una biblioteca privada. Un día cualquiera regalé la gran colección de caracoles que tardé veinte años en juntar y aquellos cinco mil volúmenes escogidos por mí con el más grande amor en todos los países. Se los regalé a la universidad de mi patria. Y fueron recibidos como dádiva relumbrante por las hermosas palabras de un rector.”

“En realidad, lo mejor que coleccioné en mi vida fueron mis caracoles. Me dieron el placer de su prodigiosa estructura: la pureza lunar de una porcelana misteriosa, agregada a la multiplicidad de las formas, táctiles, góticas, funcionales.

Miles de pequeñas puertas submarinas se abrieron a mi conocimiento, desde aquel día en que don Carlos de la Torre, ilustre malacólogo de Cuba, me regaló los mejores ejemplares de su colección. Desde entonces y al azar de mis viajes recorrí los siete mares acechándolos y buscándolos, más debo reconocer que fue el mar de París el que, entre ola y ola me descubrió más caracoles. París había transmigrado todo el nácar de las oceanías a sus tiendas naturalistas, a sus “mercados de pulgas”.

Más fácil que meter las manos en las rocas de Veracruz o de Baja California, fue encontrar bajo el sargazo de la urbe, entre lámparas rotas y zapatos viejos, la exquisita silueta de la oliva textil. O sorprender la lanza de cuarzo que se alarga, como un verso del agua, en la rosellaria fusus. Nadie me quitará el deslumbramiento de haber extraído del mar el espondylus roseo, ostión tachonado de espinas de coral. Y más allá entreabrir el Espondylus blanco, de púas nevadas como estalagmitas de una gruta gongorina.

Algunos de estos trofeos pudieron ser históricos. Recuerdo que en el museo de Pekín abrieron la caja más sagrada de los moluscos del mar de China, para regalarme el segundo de los dos únicos ejemplares de la Thatcheria mirabilis. Y así pude atesorar esa increíble obra en la que el océano regaló a China el estilo de templos y pagodas que persistió en aquellas latitudes.”

[Fragmentos de las memorias de Neruda, “Confieso que he vivido”, Cap. Libros y caracoles.]

“Yo fui recogiendo estos libros de la cultura universal, estas caracolas de todos los océanos, y esta espuma de los siete mares la entrego a la universidad por deber de conciencia y para pagar, en parte mínima, lo que he recibido de mi pueblo.”

[Discurso en la donación de su biblioteca personal a la Universidad de Chile, el 20 de junio de 1954.]

“Pensé en la Biblioteca Nacional (...) pero se me ocurre que en las bibliotecas grandes, entre tantos miles de volúmenes, los libros de poetas se diluyen un poco. Y entonces pensé en nuestra vieja y querida Universidad, en todo su pasado liberal y magnífico donde muchas veces se refugiaron la poesía y la libertad.”

[“Poesía por valor de millones regaló Neruda a la Universidad”. Revista Vistazo. 12 de enero 1954. Citado por David Schidlowsky. Las furias y las penas Vol. 2 pg. 789]

II.- Breve historial de la exposición Amor al Mar

“Fue en 2007, cuando la Directora del Archivo Central de la Universidad de Chile, la Dra. Sonia Montecino Aguirre, vino a España invitada al ciclo de conferencias magistrales de la Embajada de Chile “Chile Piensa”. Contó que la inmensa colección de caracolas, que Neruda había donado a su Universidad, seguía en ese archivo después de medio siglo. Y que los intentos por exponerla públicamente –excepto por la pequeña muestra en el mismo recinto- no habían tenido éxito hasta entonces. Continuaba vigente el discreto reproche del poeta que, en 1969, se preguntaba por las caracolas que había donado un 20 de junio de 1954: “hace quince años de aquella fecha. Nadie las ha visto más”.

La Agregaduría Cultural le propuso a la Universidad que nos permitiera intentar cumplir, aquí en España, ese sueño. Como primer paso se estudió la colección, la obra y bibliografía, para definir un concepto de exposición novedoso, que no se limitara a la conocida pasión marinera de Neruda, sino que alcanzara aspectos esenciales de su poesía.

Enseguida iniciamos una intensa “diplomacia cultural” en busca de apoyos públicos y privados, chilenos y españoles. A mediados de 2008 se propuso el proyecto a la Fundación ENDESA, que lo patrocinó, posibilitando la materialización de este sueño.

Asimismo, se postuló al concurso de Apoyos a la Acción Cultural en el Exterior, que otorga la Dirección de Asuntos Culturales de nuestra Cancillería, con un proyecto que resultó favorecido. También se obtuvo la experta colaboración de la Fundación Neruda y su abundante material gráfico, alguno inédito, así como los derechos para reproducir poemas y prosas.

Paralelamente, en Santiago de Chile, el Archivo Central de la Universidad perfeccionaba la catalogación general y seleccionaba la muestra de 400 caracolas y varios libros que aquí exhibimos. Ese minucioso trabajo se refleja en el difícil pero muy logrado equilibrio entre el valor científico, poético, biográfico y estético, de las piezas que han venido a España. Ese delicado empeño de la Universidad de Chile, depositaria del legado del poeta, posibilita que hoy admiremos este patrimonio único.

Por fin, nos acercamos al Instituto Cervantes para proponerle ser la sede en España de esta exposición. Parecía natural que fuese en Madrid, de la que Neruda escribió que es: “la capital de nuestra lengua”. Y en el Instituto Cervantes, gran navío que promueve el español en el mundo. Neruda, maestro del idioma, no podría sentirse más en su casa. El Instituto no sólo ofreció su sede, sino que se ha volcado en la organización con un profesionalismo que compromete el agradecimiento de nuestro país.

Esta muestra será una importante celebración en España del Bicentenario de nuestra independencia nacional. Adicionalmente, mediante ella contribuimos con un hermoso “adelanto” del V Congreso Internacional de la Lengua Española, a celebrarse en Valparaíso, en Marzo de 2010. Precisamente, fue en este mismo Instituto, en 2006, donde nuestra embajada inició los contactos para que Chile fuera sede de ese Congreso.”

[Fragmento del texto del Catálogo: Un sueño realizado, por Gonzalo Martner Fanta, Embajador de Chile.]

III.- Poesía y naturaleza en Neruda. Conceptos y formas de la exposición

“**El comienzo.** Hay que imaginarse a un Neruda casi niño recogiendo una concha en la playa. Una caracola cualquiera, humilde, de esas que abundan en las orillas marinas del planeta. Habrá sido en aquella playa del sur lluvioso de Chile donde, en 1919, vio por primera vez al mar teniendo quince años. Un muchacho flaco que nunca ha salido de su frontera, se asoma al mundo. El océano tormentoso del sur América lo abrume. Instintivamente, en un gesto defensivo o quizás respetuoso, como si hiciera una venia, se agacha y recoge una caracola. En cuclillas, él mismo toma la forma de un caracol. Cuando se endereza parece que se desplegara, que hubiera crecido. Ahora tiene ese caracol en la mano. Como un poema la pequeña concha rima con el océano. Su íntima oquedad responde con un eco al vasto trueno del universo. Así pudo comenzar todo.

El gran Océano. El valor metafórico central del mar, en la poesía de Neruda, es una constante demostrada por los críticos y demostrable por cualquier lector atento.

“Estrella de oleajes, agua madre/ madre materia,.../ Lo que formó la oscuridad quebrada/ por la sustancia fría del relámpago,/ Océano, en tu vida está viviendo”. (*El gran océano.*)

Pero, a ratos, esa misma profusión de imágenes marinas oculta la sutileza de la metáfora. La profusión escamotea la profundidad. La abundancia oceánica de la obra hace perder el sentido.

Observar estas caracolas con calma, como quien las acaba de recoger en una playa, lado a lado con los poemas marinos de Neruda, restituye ese sentido. Leyendo estas conchas, a la luz de estos poemas, la experiencia poética retorna a su núcleo: vemos a la metáfora regresar, enrollándose, hacia su origen.

La espiral. Estudios morfológicos y matemáticos revelan que la estructura de muchas caracolas –como el *Argonauta*, *argos*, emblema de esta exposición-- corresponde a lo que, en geometría, se llama espirales logarítmicas. Diferentes a las espirales “de Arquímedes”, que se expanden a un ritmo igual, las logarítmicas se caracterizan por aumentar su radio siguiendo las proporciones de la sección áurea determinada por el número phi. La morfología interior de las caracolas descubre una espiral que, naciendo de un punto infinitesimal, se replica a sí misma, a la vez que crece en anillos que se alargan progresivamente formando la llamada *spira mirabilis*, o espiral equiangular.

Parece que la naturaleza sintiera predilección por estas espirales logarítmicas. Desde las caracolas a los girasoles, desde los remolinos hasta los huracanes o las inmensas galaxias en espiral. La hélice logarítmica es una constante del orden natural. Aparece en todos los tamaños, en forma de minúsculos fósiles u organismos unicelulares conocidos como foraminíferas. La cóclea del oído interno humano es una espiral logarítmica. La encontramos, incluso, en el trazado del vuelo del halcón peregrino, una de las aves más veloces de la tierra, cuando ataca a sus presas.

Simétrico a su frecuencia en la naturaleza, la espiral aparece cargada de significaciones simbólicas en todas las culturas. Sugiere la evolución de un estado. Representa los ritmos nunca iguales, pero repetidos, de la vida. En la tradición hindú la caracola encarna el origen de la existencia. Cuando soplamos en la caracola ésta produce un sonido considerado primordial: el Om o aum. Para los aztecas el caracol marino simbolizaba a Texiztecatl, dios lunar del parto. La concha es símbolo de erotismo, fertilidad y mujer en muchos sitios y desde tiempos remotos, como en el mito del nacimiento de Venus (de allí la representación famosa de Boticelli). En cuanto símbolo genésico la caracola es doblemente potente. Ya que en su interior encierra el sonido del mar, y el mar, como la matriz femenina, que la concha representa, son orígenes de la vida.

Tan familiarizados estamos con estos significados de fecundidad y vida en la caracola que, a veces, olvidamos su obvia connotación de muerte. La caracola es el esqueleto (el exoesqueleto) de un molusco. Lo que recogemos en la arena de la playa es el caparazón dejado por un animal muerto. Su hueco, su vacío. Esta doble significación, de vida y muerte, pertenece a la esencia de la espiral que puede recorrerse hacia fuera o hacia dentro, desde o hacia un origen que viene a ser término.

Poema natural. Bien puede decirse que la caracola es un poema de la naturaleza. Un poema natural y un símbolo cultural. ¿Sería audaz, entonces, proponer que Neruda no poetiza a la caracola sino que encuentra en ella el poema?

Esto que se dice de las conchas dígame del mar, asimismo.

Oreja y boca. La lectura de Neruda es siempre oral, aunque se haga en silencio. Más que en otros poetas oímos su voz cuando lo leemos: una vibración, un ritmo, una cadencia que va y que viene, con un compás que despierta o adormece, que adormece y que despierta... Leer un poema de Neruda es como apegar la oreja a una caracola en cuyo fondo el rumor del mar, impreciso pero innegable, refluye.

Basta ahuecar la boca para sentir que es como una caracola. Nuestra cavidad bucal bivalva es un caracol que emite lenguaje: rasgo diferenciador por excelencia de lo humano. A su vez, cuando nos acercamos una caracola a la oreja la cóclea (caracol en griego), la forma de concha del oído humano, recoge el murmullo de esa boca que es la caracola.

Así, la caracola viene a ser también emblema del poeta. Del origen ancestral del poeta que primero fue recitador y sólo más tarde escritor. El desplazamiento del verbo de la boca a la mano distanció a la palabra del corazón, distanció a la boca de la oreja

(de la audiencia). El poeta intenta acercarlos recorriendo la espiral en sentido inverso: creando la palabra que no sólo se lee sino que, aun en silencio, se oye.

Salir del bosque. Desde niño Neruda desborda de una potencia creativa que intenta manifestarse. Llena de poemas un cuaderno tras otro. Varios de ellos serán quemados por su padre, que busca en el fuego la salvación del descarriado. Arden los primeros versos, pero las llamas no hacen más que avivar la poesía. Uniendo los cuadernos salvados del fuego por el amor de Laura, su hermana, con la primera poesía publicada, podemos trazar el radio inicial, el mínimo de una secuencia en espiral que luego no hará más que expandirse, manteniendo su forma, durante el resto de su vida, como en las caracolas.

Parece increíble: en un país que es “pura costa” y viviendo a pocos kilómetros del océano, oyendo casi su rumor desde el fondo del bosque, Neruda no conoce el Pacífico hasta los quince años. El primer poema de Neruda reza:

“Pienso en el mar, quizás porque en mi oído/ siento el tropel bravío de las olas:/estoy muy lejos de ese mar temido/” (18 de abril de 1918, a los 14 años.)

En esa primera expansión del radio de su creatividad, el poeta niño del bosque eternamente lluvioso de Temuco (la inmensa selva fría del sur de Chile, que es otro mar) se convertirá en el poeta joven que se abre al Océano del mundo y de la experiencia.

Pero primer había que “salir” al mar. Así lo recordará, medio siglo después:

“La cárcel de los bosques/ abrió una puerta verde/ por donde entró la ola con su trueno/ y se extendió mi vida.” (*El primer mar.*)

Desde ese primer desarrollo, un claro patrón vital y estético quedará marcado. La espiral será emblema de un viaje que aleja pero no separa. Por mucho que se aparte de su punto de origen, Neruda nunca lo perderá de vista. No parece un acto de voluntad; más bien algo “natural”, inevitable, genético. La concha del caracol reproduce a escalas cada vez más amplias, pero constantes, el núcleo primordial.

Amor al mar. El furioso océano austral (el irónico “Pacífico” de esas latitudes), la vastedad y fuerza de ese espacio abierto, abismando al niño:

“Frente a la furia del mar son/ inútiles todos los sueños./ Para qué decir la canción/ de un corazón tan pequeño?/ Sin embargo es tan vasto el cielo/ y rueda el tiempo, sin embargo./ Tenderse y dejarse llevar por este viento azul y amargo!...” (*Playa del sur.*)

En contraste con aquel útero boscoso, el océano es amenaza abrumadora de lo inabarcable, de lo ilimitado, como el tiempo, o el universo. Neruda –antes de ser Neruda-- experimenta frente al mar aquel pasmo ante lo *sublime* que fue la experiencia esencial del artista romántico (¿sólo romántico?) frente a la naturaleza.

“Sin embargo” –el joven Neruda lo siente y lo recalca– el mar también será potencia y símbolo de la naturaleza que, en permanente renovación, no deja de ser ella misma. Ese “dejarse llevar” por el viento del mar, desea y anuncia el viaje que ensanchando el mundo del poeta lo expanda a él.

Los críticos han visto en Neruda al demiurgo que, a través de la palabra, une bosque y océano, el principio de los sueños y el principio de la acción. Pero es la “forma” de esta unión lo que salta a la vista cuando tenemos en la mano una de sus caracolas: la forma espiral que, expandiéndose, replica siempre las proporciones de su origen:

“La ola que desprendes,/ arco de identidad, pluma estrellada,/ cuando se despeñó fue sólo espuma/ y regresó a nacer sin consumirse”. (*El gran océano.*)

Retorno a la playa de las espirales. Hay una foto de Neruda, ya maduro, donde lo vemos agachado en una playa recogiendo una concha. El adolescente ha devenido adulto sin dejar de ser niño. Podemos presumir que el poeta maduro se ha familiarizado con esa maravilla del primer descubrimiento. Ahora sabe cómo es que la forma natural del esqueleto de un caracol anticipaba sus poemas.

La proporción áurea, presente en el ritmo del poema, refleja también esos principios de homogeneidad y auto similitud que matemáticos y biólogos reconocen en las formas armónicas de ciertas plantas (filotaxis), cristales y conchas de moluscos. Homogeneidad en la estructura. Autosimilitud: el objeto examinado a diferentes escalas, de mayor a menor, revela similar apariencia. Una explicación física, de esta sorprendente regularidad, sería que la naturaleza busca un estado de equilibrio entre fuerzas que mutuamente se repelen, o cuerpos que compiten por ocupar un espacio, con el mínimo gasto de energía posible.

El poema es un estado de equilibrio entre palabras cargadas de sentido, logrado con la máxima economía posible, es decir, con el mínimo posible de energía. El poeta crea el caracol al cantarlo.

“*De consumida sal y garganta en peligro/ están hechas las rosas del océano solo*” (*El sur del océano.*)

Coleccionismo. Quizá uno de los reflejos más primitivos del instinto coleccionista – instinto del homínido recolector que fuimos— sea aquel que todos los niños conocen: ver el mar y ponerse a recoger y coleccionar conchitas son uno solo.

El coleccionismo de Neruda es obsesivo. Cuando colecciona conchas casi vive para ellas. Busca y rastrea hasta dar con aquella que le falta. Necesita imperiosamente llenar los vacíos de las series que persigue. Entre todas sus colecciones un interés primordial es el océano. Todo lo que anduvo por los mares ha de llegar a sus manos, desde los barcos que surcan en el interior de las botellas, hasta los mascarones de proa, desde los instrumentos de navegación, hasta los cuernos del narval, ese animal prodigioso y casi mítico de las profundidades. Su coleccionismo es oceánico por profusión y temática. En poco más de veinte años su gabinete de caracolas alcanza proporciones descomunales (casi 9.000 dona a la Universidad de Chile). Su afán es minucioso, en el proceso se hace científico para poder comunicarse de igual a igual con los malacólogos. No sólo quiere tener todas las espirales de los océanos, de los ríos y los rincones de la tierra, quiere además saberlo todo sobre ellas.

La forma en que crecen sus colecciones también es espiral. A diferencia del acaparador desordenado, o del selectivo que aumenta calidad manteniendo el número,

en el aparente caos de las colecciones de Neruda se ve también esa progresión logarítmica que se amplía sin dejar de referirse, en proporción áurea, al centro de donde surgió. Desde las campanas hasta los barquitos embotellados, el centro y gran continente de sus objetos será el océano.

Panteísmo. Los poemas de Neruda, donde menciona explícitamente a las caracolas, no son sino los más literales en una poesía que ve en el mar y sus seres un espejo de la naturaleza. Sea en conchas, en pájaros o en piedras, la poesía de Neruda celebra un panteísmo profundo. El poema viene a ser la ceremonia de bodas del poeta con el cosmos. En esa ceremonia el mar es la novia más frecuente; el océano es la representación del universo. Aquello que siendo inanimado está vivo. Aquella materia enorme que se mueve y ruge, o murmura. La prenda de esas bodas poéticas, la sortija del enlace es, a menudo, una simple caracola:

“Abetos hambrientos, que devoran con bocas azuladas de sortijas”. (*El gran océano.*)

Alguien podría decir que Neruda fue un ecologista *avant la lettre*. Redundancia cuando hablamos de un poeta. En Neruda la visión de lo cósmico en lo pequeño es de raigambre poética. La metáfora ve lo general en lo particular, el mundo en un grano de arena, y la eternidad en una hora, como cantara Blake. Neruda ve en una caracola todo el mar.

Ese panteísmo marineramente de Neruda es su “ideología” más antigua. La que siempre ejerció mediante la praxis vital de un naturalismo ferviente. Si el bosque del sur chileno es el origen mítico de su panteísmo, el mar del sur con sus sucesivas ampliaciones, es el espacio donde debiera cumplirse la profecía de una llegada, o retorno, del hombre a la naturaleza.

Cuando, tras las denuncias de los crímenes de Stalin, en 1956, Neruda advierte que la materialización de su profecía social se relativiza, aquella vieja aspiración panteísta y profética re-emerge. Y agrega una dimensión nueva: el apocalipsis. Cataclismo personal -inminencia de la muerte propia— y también fin de mundo. El hombre amenaza a la naturaleza y el mar vírgenes, de donde nació la espiral creativa del poeta:

“...se extiende un nuevo tipo de vacío:/ no quiero más dice la ola,/ que no sigan hablando/ que no siga creciendo/ la barba del cemento/ en la ciudad...” (*Buscar*)

Tras su máxima expansión, la espiral estalla o se agota. El poeta muere. El universo colapsa. Retorna al núcleo, desandando los círculos hasta enrollarse en su agujero original. Y sin embargo, en ese retorno a su semilla es donde la espiral encuentra fuerzas para desplegarse, nuevamente.

La caracola es el resto de una vida. El poema devuelve ese resto al todo.”

[Fragmentos del texto del catálogo “En espiral”, de Pedro Núñez y Carlos Franz, Comisario y director de la exposición, respectivamente]